

## PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID	
	Pesetas
Mes .....	1
Trimestre .....	2,50
Semestre .....	5
Año .....	10
PROVINCIAS	
Tres meses .....	3
Semestre .....	5,50
Año .....	10
Estranjero y Ultramar .....	8 pesetas
CORRESPONSALES	
25 números .....	2,50
NÚMERO CORRIENTE	
15 céntimos.	

# El Motín

## ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán al si pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

## CENTROS DE SUSCRICIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

## NÚMERO ATRASADO

15 céntimos.

## PERIODICO SATÍRICO SEMANAL

## DON RAMON FERRANDIZ

Murió por la República, no por el sufragio universal ni la revisión constitucional, que es por lo que ahora resulta que ha luchado el señor Ruiz Zorrilla, como lo prueban sus terminantes declaraciones de que vendrá á España á luchar dentro de la legalidad cuando la segunda se consigne en la Constitución.

Honremos la memoria de Ferrándiz.

## NO ME DUELEN PRENDAS

Un zorrillista ha reproducido en el periódico que dirige el artículo que publiqué el 30 de Diciembre de 1889 elogiando al Sr. Zorrilla á raíz del primer viaje que hice á París. Le doy las gracias por su atención, me afirmo y ratifico en cuanto entonces dije, y alla va algo más sobre el asunto.

Era aquella la vez primera que veía al Sr. Zorrilla, y confieso lealmente que quedé encantado. Habló con tal calor y entusiasmo de las ideas que yo consideraba salvadoras; lo ví tan demócrata, tan revolucionario, tan reformador, que me dije: «¡aquí está el hombre!» y al regresar á Madrid hice públicas mis impresiones con el ardor del neófito y las energías del convencido.

A mediados de Abril del año siguiente volví á París con el marqués de Santa Marta, y en el banquete que éste dió á los emigrados oí hablar por segunda vez al Sr. Zorrilla; y juró que sentí algo parecido á los remordimientos por lo parco que en elogiarlo anduve. Y para que el zorrillista á quien me refiero se convenza de que así debió ser, concedárame su atención unos minutos.

Fra, repito, la segunda vez que veía al Sr. Zorrilla, y hubiera deseado que fuese la primera para saborear las vivas emociones que despiertan toda clase de virginidades.

Comenzó su elocuente discurso ensalzando á Santa Marta «por haber sido siempre demócrata, á pesar de que su posición social, su familia y la gente con quien trataba no le inclinaban á ello», y brindó «por los grandes servicios que había prestado á la causa republicana haciendo la coalición». Y yo me dije: «Este es un hombre justo que no escasea las alabanzas cuando las cree merecidas, y que sería capaz de morir cien veces antes de prodigarlas en forma que alguien pudiera sospechar que le guiaba un móvil interesado.» Y me confirmé en el juicio que de él había formado en Diciembre.

«Si no ramos á la revolución después de haber dicho en la Asamblea de coalición y de un modo indirecto por medio de la prensa que nos bastábamos para hacer la revolución, llegará un momento en que los disidentes tendrán razón contra nosotros. Ellos han dicho que hay que hacer opinión y que esta no está hecha y hay que allegar elementos para conquistarla. No les demos la razón y demostremos que podemos hacer la revolución. ¿Cómo? huciéndola.»

Esto era claro, terminante, y respondía perfectamente á lo sostenido por mí; así es que tampoco dudé de las palabras del Sr. Zorrilla. Era imposible que un político de su edad, de su experiencia y que estaba al frente de una gran masa de hombres decididos, hablase con tal aplomo de la proximidad de la revolución sin contar con elementos suficientes para hacerla. Y continué viéndolo bajo el prisma que lo vi en Diciembre.

«Si de aquí á Octubre no diéramos la batalla, ten-

dríamos que reconocer que ven más que nosotros Pi, Salmerón y Castelar.»

No ya sólo veía cercana la revolución, sino que hasta fijaba el plazo en que había de hacerse. Indudablemente el Sr. Zorrilla era tal cual yo le había visto en Diciembre.

«Si alguno desfallece, no haremos la revolución; pero si seguimos firmes y el marqués tiene la misma fe que yo, la revolución se hará, y se hará antes del plazo que Pi, Salmerón y Castelar han fijado para ir á la lucha legal, que sería la muerte, no de los emigrados que con tanto heroísmo vienen resistiendo esta dura prueba, sino de la causa republicana, cuyo triunfo es lo único que puede sacar á España del envilecimiento á que ha llegado y de que hemos de sacarla por medio de la Revolución. (Aplausos).»

Esto ya excedía á mis esperanzas. Considerar la lucha legal como la muerte de la causa republicana era leer en mi pensamiento. ¿Cómo había de arrepentirme del juicio que el Sr. Zorrilla me mereció en Diciembre?

«Yo quiero que el marqués de Santa Marta lleve á Madrid estas impresiones; allí que hay una porción de gentes que hablan de lucha legal y de otras cosas que á nosotros nos suenan como no quiero decir en este momento. (Aplausos.) Todo el que se sienta verdaderamente republicano y patriota tiene el deber de creer y declarar que no estamos en situación legal.»

Volvió á apoderarse de mí el delirio del entusiasmo. Un hombre que hablaba así mandando el partido más liberal de la monarquía, ¿qué no hiciera mañana si volviese al poder el conservador? Y bendije el día que le hablé en Diciembre.

«Pues bien; yo quiero que el marqués de Santa Marta diga, siempre que haya ocasión, lo que digo yo: admito todo género de transacciones con los republicanos, pero no comprendo que ningún republicano entre en tratos con la monarquía.»

¡Oh, qué hombre!—exclamé para mis adentros.—No, no haya miedo que se entienda con los monárquicos, y menos si son conservadores, para concertar indultos ni amnistías. Y seguí juzgándole como en Diciembre.

«Si mañana se me dijera: «es posible que triunfe la República, pero es preciso que reconozcáis que lo que ocurrió no debió ocurrir, y que hicisteis mal en sublevaros;» si se me impusiera la condición de que los emigrados hubiesen de pasar por una situación humillante y pequeña, no transigiría, y moriría en la emigración. (Aplausos.) Yo no puedo renegar de mí, y renegaría de mí si renegara de los emigrados. Ya lo sabéis: hasta el momento en que el cabo segundo que está aquí en el Hospital no pueda entrar en España con la frente alta, no transigiré; porque ese cabo debe entrar en España con la frente muy alta.»

No me levanté y le di un abrazo, porque me hubieran imitado todos los comensales, y no era cosa de sofocar al Sr. Zorrilla; pero miré con envidia á los emigrados, sintiendo no ser de ellos para tener derecho á inspirar una pequeña parte de aquellas generosas ideas. Hambre, desnudez, aislamiento, ausencia de la patria, ¿qué importaba esto oyendo al Sr. Zorrilla que admiré en Diciembre?

«Yo no se lo he dicho nunca á mis compañeros de emigración, pero se lo voy á decir ahora. Yo he tenido aquí una entrevista hace ya tiempo con un alto personaje conservador, enviado por el presidente del

Consejo, y ese personaje me ha dicho: «Yo estoy autorizado para ofrecerle á usted todo lo que quiera, á condición de que usted desista de la lucha. Yo estoy autorizado para tratar con usted, no sólo en el sentido particular, sino de los cambios políticos que juzgemos necesarios, como concesión de una amnistía y establecimiento del sufragio universal en la forma que se quiere.»

«Mi contestación fué esta: «Yo he dicho siempre que la revolución no debe intentarse cuando hay medios legales de procurar el triunfo de las ideas. ¿Qué condiciones me ofrece usted?»

«La cantidad que usted quiera, hasta cuatro millones de francos, para indemnizar á los que han sufrido por la libertad. Los destinos que usted quiera para las personas que han padecido por la causa. Destinos en Ultramar ó en España para los que no están significados y se hayan comprometido en los sucesos revolucionarios.»

—¿Y después?

«Una amnistía, que no puede llegar hasta reintegrar en sus grados y empleos á los emigrados militares, pero en que pueden ofrecérseles otras compensaciones.»

«Pues bien, le dije, yo no puedo tratar sobre el honor de mis compañeros, porque no puedo tolerar que entren en España sin el uniforme, teniendo que confesar que han cometido un delito, cuando lo que han hecho ha sido una heroicidad. (Aplausos).»

Aquí casi estuve por caer de rodillas. El que hablaba de aquella manera, merecía más que respeto, merecía veneración. ¡Renunciar á dieciséis millones de reales para indemnizar á los que han padecido por la libertad, por no tolerar que los emigrados entrasen en España sin el uniforme! Esto excedía todos los cálculos que yo había hecho en mi vida sobre los límites á que pueden llegar la abnegación y el heroísmo, y me pareció que había dejado mucho bueno por decir del Sr. Zorrilla después de visitarlo en Diciembre.

«Nosotros representamos la revolución y les esperamos (á los disidentes); pero si no vienen no nos importa; porque cuantas más concesiones les hagamos nos crearán más débiles y pondrán más obstáculos á nuestra obra, si es que no la hacen imposible.»

¿Y esta opinión, tan conforme con la mía, que tenía de los disidentes? En cada letra de este párrafo y de los anteriores reconocía al convencido revolucionario que visité en París allá por Diciembre.

«La diferencia entre nosotros y otros republicanos, y no hablo de Castelar, es esta: Pi dice que es revolucionario, y que quiere la coalición de los partidos y no la de los individuos. Salmerón dice que no quiere nuestra coalición porque en ella se da preferencia al procedimiento revolucionario. Nuestra fuerza está precisamente en que defendemos este procedimiento; esto es, en que queremos la revolución.»

Aquí vi justificadas mis campañas contra los señores Salmerón y Pi. Era maravillosa la comunidad de ideas entre este modesto soldado de la revolución y el jefe que elogió tanto al volver de París en el mes de Diciembre.

«Las elecciones no vendrán hasta el año próximo; pues bien: yo le digo al marqués de Santa Marta que para entonces no necesitaremos ya presentar candidatos propios, porque entonces el país les habrá dado la razón á los salmeronianos y serán más fuertes que nosotros.»

A dejarme llevar de mis impulsos, no habría con-





✦ D. RAMÓN FERRÁNDIZ DE LA PLAZA



cluido este párrafo. ¿Qué manera tan concisa y tan gráfica de expresar el pensamiento de que no debíamos ir a las elecciones! ¿Cómo robustecía la fe esta hermosa confianza en el próximo triunfo! ¿Qué conformidad tan perfecta entre estas declaraciones y las que me hizo en Diciembre!

«Si habiendo reunido la casi totalidad del elemento republicano no podemos hacer la revolución, nosotros no tenemos el derecho, y yo desde ahora renuncio a él, de decir que continuamos pensando que haremos la revolución; habremos demostrado nuestra impotencia y que no podemos hacer nada, y no tendremos más remedio que desistir ó buscar otros elementos afines, que serán ellos, para formar a su lado en lugar secundario. Aunque quisieramos sostener contra viento y marea que tenemos razón, y presentar candidatos propios, ¿qué diríamos a los electores? Yo no acierto qué manifiesto podríamos dirigir al país para que votase a los nuestros en frente de los otros.»

Esta sinceridad, esta honradez me conmovieron. «Así—me dije—así hablan los hombres de corazón elevado y alma inaccesible a las miserias políticas. Si podemos ir, vamos; si no, confesémoslo lealmente. No en un artículo, en un libro no cabrían los elogios que tal conducta merece.» Y después de decirme esto, sentí gran orgullo al recordar que yo era el autor del juicio sobre el Sr. Zorrilla publicado allá por Diciembre.

«La situación es sencilla. ¿Tenemos medios y elementos para hacer la revolución antes de las elecciones generales? Debemos hacer la revolución. ¿No los tenemos? Pues debemos declarar que estamos equivocados.»

Esta enérgica declaración acabó de remachar el clavo de mi entusiasmo y de convencerme de que podría alguna vez engañarse, pero jamás engañarnos, el hombre que escuché embobado en el mes de Diciembre.

«Lo que en primer término puede impedir que vayamos a la revolución es que dudemos de nuestra fuerza. Siempre que creamos que puede llegar el caso de las elecciones generales nos hacemos la guerra a nosotros mismos y nos destruimos.»

¿Ni creer siquiera que pudieran llegar las elecciones nos permitía! Nunca llegué a tanto en mis sueños revolucionarios. Había encontrado mi maestro en el hombre que se dignó recibirme en su casa el mes de Diciembre.

«En cuanto a eso de la opinión neutra que han sacado ahora, no está con ellos, pero estaría con nosotros si fuéramos vencedores. Pero hay que tener en cuenta que si no luchamos y pronto, damos la razón a los que andan diciendo que no podemos hacer nada.»

Buen golpe de vista, excelente sentido práctico, gran conocimiento de los hombres. España se vería salvada el día que rigiese sus destinos el político experto a quien saludé en Diciembre.

«Yo soy un hombre de gran pasión política y de gran corazón con mis amigos, y combato con la energía que me es posible a mis enemigos, pero no puedo sostener la mentira, la hipocresía, el alarde sistemático, como diría el Sr. Ríos Rosas.»

Este párrafo holgaba. El hombre que hablaba con tal fuego y tan viril convencimiento, no podía mentir en ningún caso; eso se deja para los traficantes de la política, para los de espíritu débil, para los que tratan de cubrir deficiencias de conducta con palabras huecas. ¡Desgraciados los que no oyeron la energía con que pronunció esas nobles palabras el hombre cuya mano estreché por vez primera en Diciembre!

«Pero digo ahora, que hecha la coalición y al cabo de dieciséis años, si no hacemos la revolución, yo no puedo seguir diciendo que es posible realizarla con nuestros elementos propios. Si este caso llega, tendremos que declarar que nos hemos equivocado y marcharnos a otro lado. Yo no puedo seguir sosteniendo con mis amigos y los emigrados la protesta constante a pesar de nuestra impotencia.»

No contento con haberlo dicho anteriormente, repetía este concepto honrado, en prueba del convencimiento que en este punto abrigaba el hombre que me pesó no haber conocido antes de Diciembre.

«Yo no seguiré diciendo al país que voy a darle lo que no le puedo dar, y antes de pasar por ir a las elecciones, habré de buscar modo de decir al país que nos hemos equivocado.»

En su generosa impaciencia por salvar a España revolucionariamente, anticipaba la idea de que antes de ir a las elecciones había que decir al país que nos habíamos equivocado. ¿Y que hubiera miserrables que aun dudaran de la rectitud del hombre que no había defraudado ni una sola de las esperanzas que hizo concebir en Diciembre!

«Hay que precisar la cuestión: el marqués de San-

ta Marta está en el caso de prestar los elementos que tiene y organizar los que pueda allí; nosotros ya sabemos lo que podemos llevar.»

Habiendo asegurado antes que se podía ir a la revolución con el noventa por ciento de probabilidades favorables, calcúlese lo que yo pensaría acerca de los poderosos elementos con que contaba el revolucionario que me dejó tamañito en el para mi inolvidable día que me habló de sus planes y proyectos allá en Diciembre.

«Si son insuficientes nuestros elementos, no le digamos al país, haciendo el papel del enano de la venta, que queremos ir a la revolución.»

Esta modestia después de lo del noventa por ciento hizo rebosar los depósitos de mi admiración, y afirmarme en la idea de que el Sr. Zorrilla era el único jefe a quien debíamos acatamiento, el único revolucionario, el único republicano digno de este nombre; y sentí la viva satisfacción de todo el que acierta al ver que valía más aún de lo que yo había dicho en el artículo encomiástico publicado el 30 de Diciembre de 1889.

Si después nada de esto ha resultado, ¿qué culpa tengo yo? ¿O es que para ese zorrillista y para todos es una falta imperdonable el creer lo que su jefe dijo, el dar a sus palabras la interpretación recta; ó es que lo conocen tanto que califican de inocentada el entusiasmo que por él sentí? Inocentada ó falta, jamás me arrepentiré de haber escrito aquel artículo por creer sinceras las palabras del Sr. Zorrilla, y prefiero resultar el engañado a ser el engañador.

Lo que yo no podía, después de haberme convencido de que no quería ir a la revolución; y de que era falso que contara con elementos; y de que, en vez de oponerse a las elecciones, como había ofrecido, censuraba el manifiesto con que Santa Marta se retiró de los comicios creyendo así cumplir y honrar el propósito del Sr. Zorrilla, era continuar a su lado, seguir creyendo en él, ni prestarle mi modesto concurso, pero callé.

Y cuando más tarde comenzaron las componendas de los zorrillistas con los conservadores teniendo por gran galeoto al Sr. Martos, y se habló de amnistía y de la vuelta del Sr. Zorrilla a España, y los zorrillistas se aliaron con los conservadores para las elecciones en algunos puntos, y derrocharon en hacer triunfar sus candidaturas el dinero que debieron gastar en la revolución, y empezaron a dar de codo a la idea coalicionista para pactar otras alianzas que les permitiesen satisfacer su apetito desordenado de diputación ó concejalia, me aparté un poco más de ellos, pero callé aun.

Y cuando después, roto del todo el dique de la prudencia, dejaron de acudir a las citas que Santa Marta les daba como presidente de la coalición, y a vociferar que la coalición eran ellos, y a procurar que acabase por consunción lo que el pueblo había sancionado con su autoridad incontrastable, me alejé algo más, pero continué callando.

Y cuando al poco tiempo se abrió el paréntesis, esa confesión palmaria de impotencia que tratan ahora de cubrir con la máscara del patriotismo (por que no quiero suponer que se abriera por imposición del gobierno para conceder la amnistía), y el señor Zorrilla perdió la línea de inflexibilidad que lo caracterizaba, me limité a dar avisos indirectos acerca de lo que iba a venir.

Y cuando se pactó la alianza parlamentaria sin aludir siquiera al procedimiento revolucionario, y los diputados de la coalición esquivaron declararse tales, y, prescindiendo ya de todo miramiento, los zorrillistas se dieron a hacer mimos al Sr. Salmerón y al Sr. Pi, de quienes habían dicho pestes, repetí los avisos en tono más fuerte.

Y cuando, por consecuencia de estas torpezas con visos de deslealtades, se creó una situación inexplicable; y, confundidos los credos, nadie sabía dónde estaba ni lo que pensaba; y Santa Marta publicó su manifiesto para hacer luz, afirmando que él permanecía revolucionario y que la coalición subsistía; y los zorrillistas, en vez de adherirse presurosos, gritaron indignados y emprendieron su campaña protestante, entonces ya no me fué posible callar, y descorrí una punta, nada más que una punta, del velo que cubre la farsa zorrillista.

Estamos, pues, frente a frente. De un lado los que no hemos conspirado, y, por consiguiente, no tuvimos para qué tomar parte en los movimientos militares, de que nos enterábamos después de verificados; del otro, los que comprometieron a los militares guardando valerosamente el bulto. Acá los que hicieron algo sin ridículas vociferaciones; allá los que nada hicieron sin haber tenido siquiera la virtud de callar. Los que abandonaron a Villacampa, con ellos; los que se disponen a ponerse a las órde-

nos de cualquiera que vaya resueltamente a la revolución, con nosotros.

¿Conseguiremos algo? No lo sabemos. Lo que sí podemos asegurar es que no pasaremos diecisiete años fijando la revolución para el día siguiente, predicando intransigencia y renegando de los procedimientos legales, para terminar abriendo un paréntesis y prosternándonos ante un ídolo.

JOSE NAKENS.

## LA PEREGRINACION A PASTORIZA

Regreso del Ferrol entusiasmado por ser una de las poblaciones más republicanas de España, y me encuentro en la Coruña con una novedad: la de que iban a celebrarse dos manifestaciones en un mismo día; una religiosa, que había de presidir el arzobispo de Santiago, y otra, en son de protesta, de los librepensadores y republicanos. La primera tenía señalada la hora de las seis de la mañana del domingo; la segunda había de celebrarse a las cuatro de la tarde.

Para la primera, como es lógico estando los conservadores en el poder, se concedió permiso por el gobernador civil, aun cuando los religiosos manifestantes habían propalado de antemano la idea de pedir a voz en grito el poder temporal del Papa. Para la segunda se negó el permiso. Hablábale la víspera de propinarle al arzobispo de Santiago una ruidosa silba, tan monumental como la que todavía suena en los oídos de Cánovas.

Por fin téplase algo la opinión acordando celebrar un *meeting* a las cuatro de la tarde del domingo en el *Circo Coruñés*.

Llega la ansiada hora de las seis de la mañana, y sale de la iglesia de San Andrés el arzobispo de Santiago, precedido de cuatro pendones y algunos estandartes, con cruz alzada, como es de ritual, y seguido de un centenar de pobres viejas, las más feas y andrajosas de la Coruña. ¡Horrible contraste en el país de las mujeres más hermosas de la tierra! Ahora creo en la Providencia.

Verdad es que las mujeres hermosas y elegantes de la Coruña son hijas, esposas ó hermanas de los republicanos y se reservaban el derecho de asistir al *meeting*, saliendo a las ventanas y galerías en el momento del paso de la peregrinación a reirse del arzobispo y de su *flamenco séquito*. En las aceras de las calles del tránsito formábamos dos anchas filas la multitud de curiosos.

Desistióse de la empresa al presenciar semejante fiasco, pudiendo parodiar al poeta:

«Esto, pueblo, ello se silba...»

Con decir que nos daba lástima el mal aconsejado arzobispo, está dicho todo.

Como apenas había en el tránsito quien fuera carcunda ó católico, nadie se quitaba el sombrero.

El arzobispo, con la vista baja, atolondrado, trémulo y hasta descolorido, corría para salir pronto de la población, que sin duda le quemaba la planta de los pies. La cosa no era para menos.

Debí respirar al ver el campo, pero así y todo, no le salía el susto del cuerpo, tratando, al llegar al pueblo donde está situada la capilla de Pastoriza, de poner pronto término a las ceremonias místicas, tanto, que ni siquiera subió al monte.

¡Sí, señores, al monte, desde donde tenía intención de dirigir la palabra divina a las apergamindas ovejas. Pero sin duda le parecieron tan feas y tan antiguas, que puso en práctica lo de *al buen callar llaman Sancho*. Y se calló volviendo a la población casi a cencerros tapados.

Ahora le echan la culpa del fiasco a *Boca-Negra*, persona a quien no conozco, pero creo que es un cura director del único periódico carlista que ve la luz en la liberal ciudad coruñesa. Y *Boca-Negra* es boca de fuego contra la falta de valor de los demás curas y gentes que aun se llaman católicos.

Y creo que la mayor parte de los curas de buen sentido de la Coruña, escupen por el colmillo contra el arzobispo, que, con haber hecho caso de *Boca-Negra*, les proporcionó algunas silbas y algunos disgustos.

Tienen muchísima razón, porque estos curas ya son algún tanto civilizados y renuncian a las marmarrachadas, conociendo la liberal ciudad en que viven. Alguna vez habíamos de defenderlos.

Créame el señor arzobispo, a quien respeto y considero y hasta compadezco: cuando vuelva a intentar otra manifestación ó peregrinación, verifíquela allá en las montañas de la diócesis, acompañado por *cregos* de esos que suelen presidir entierros con *sobrepelliz* y *sombrero de copa*.

E. SAGO BREY.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.